

LA RETÓRICA EN LA TEORÍA LITERARIA POSTESTRUCTURALISTA

MAURO JIMÉNEZ
UNIVERSIDAD DE VALENCIA

La retórica es la ciencia originaria de la antigüedad clásica centrada en el estudio del lenguaje y en las posibilidades persuasivas de su actualización lingüística en la oratoria. Debemos a Aristóteles, según nos lo hace saber Cicerón en el libro segundo de *La invención retórica* (II, 6), la reunión en una sola obra —la aristotélica *rhetoriké tékhne*— de las más importantes investigaciones retóricas llevadas a cabo hasta él desde su iniciador Tisias, pasando por Isócrates y Platón, sin olvidar las reflexiones estilísticas de los sofistas. Fue, sin embargo, Aristóteles quien centró la retórica tras la querrela entre Platón y los sofistas, y la dotó de un cuerpo epistemológico a partir del cual se desarrolla la concepción de este conocimiento como ciencia y como arte. Al decir que la retórica es “la facultad de teorizar lo que es adecuado en cada caso para convencer” (*Retórica*, 1355b25-27), el Estagirita le está dando la facultad de ciencia, una ciencia que reflexiona sobre cuáles deben ser los modos a seguir en el discurso para llegar a persuadir mediante la palabra. Mientras que concreta el objeto de la retórica al definirla de una vez por todas como arte aplicable a diferentes causas. De este modo la crítica platónica es destruida, ya que ésta quería equiparar la retórica con otras actividades que tenían o podían tener la finalidad de la persuasión, pero gracias a

Aristóteles la retórica no es identificada con la persuasión misma, sino con la reflexión sobre los medios para llegar a persuadir. Después del análisis aristotélico podemos decir que la retórica es arte en cuanto práctica discursiva, y ciencia en cuanto análisis e interpretación del discurso (Albaladejo, 1989: 11; Kibédi Varga, 1999: 110 y 111). Desde entonces hasta nuestros días su persistencia ha sido una constante secular, aunque su presencia ha resultado parcial en la mayor parte de la tradición al haber sido reducida tan sólo a la operación retórica de *elocutio*.

Así las cosas, no debe extrañarnos que en el siglo XX se hiciera necesaria una verdadera recuperación de la retórica, a veces tildada de “nueva retórica”, cuando no de “neorretórica” (García Berrio, 1984: 7-11; Mortara Garavelli, 1988: 327-ss.; Pozuelo Yvancos, 1988a: 181-ss.; 1988b: 159-ss.; Albaladejo, 1989: 38-40; Hernández Guerrero. García Tejera, 1994: 171-192; Mayoral, 1995; López Eire, 1997). Estas líneas versarán sobre el particular uso que de la retórica se ha venido haciendo en el ámbito de la teoría literaria desde los años setenta del pasado siglo XX, período al que se le otorga el adjetivo de “postestructural”. Es nuestra intención realizar un avistamiento de cómo se ha utilizado el saber retórico desde la poética postestructural, ya cuando se haya producido una verdadera recuperación de la retórica integrándola en su amplitud con las ciencias modernas del discurso, ya cuando, por el contrario, se haya tomado de ella algún elemento metateórico con el que proceder a un determinado análisis literario. A partir de la diferenciación retórica, llevada a cabo por Aristóteles, entre ciencia y arte, queda claro que la teoría literaria moderna utiliza el instrumental analítico-interpretativo de la ciencia retórica como método de análisis del texto literario.

1. RETÓRICA Y ESTRUCTURALISMO

El marbete de *teoría literaria postestructural* traduce fielmente la importancia y la influencia que durante los tres primeros cuartos del siglo XX tuvo el método analítico fuertemente inmanentista desarrollado a partir de los principios de la lingüística por la poética formal (Albaladejo. Chico Rico, 1994). Su preponderancia fue tal que el hecho de su superación no ha sido tildada con otro nombre que su propia invocación,

ya que el término marcado sigue siendo el estudio “estructural”, aun cuando lo que se pretendía era su vencimiento, pudiéndose interpretar este hecho como que la nueva teoría, más que afirmar su propio carácter, lo que realiza es una negación y un ataque contra los principios generales de la poética formal, lingüística, semiológica o estructural (García Berrio, 1977: 187; 1994: 28). Todo esto nos lleva a la conclusión de que para comprender en toda su amplitud y en toda su variedad la teoría y crítica literaria postestructural es necesario antes conocer cuál es la clave del estructuralismo (Albaladejo. Chico Rico, 1994: 209-228), y ello sobre todo con la finalidad de mostrar qué diferencia existe entre los modos en los que se invoca la retórica en uno y otro paradigma.

El estructuralismo, en puridad, mantiene que el significado del signo —un signo que puede ser lingüístico, pero también social, religioso, cultural, etc.— surge de un sistema dado, de modo que en la semiosis existe una estructura que permanece oculta, es decir, subyacente a su manifestación. La poética lingüística defiende que ese sistema no explícitamente consciente que soporta la semiosis será descubierto sólo mediante el estudio estructural del signo (Culler, 1975: 54), un estudio que por ello será necesariamente inmanente y que tiene por objeto, según el difundido análisis de T. Todorov (1968), no las particularidades propias de la expresión artística individual, sino aquellos rasgos que la identifican y alienan con una estructura más general y abstracta. La concepción de la obra literaria como un sistema dentro del cual cada parte posee una determinada función ya la encontramos en la misma *Poética* de Aristóteles, si bien el estructuralismo francés recibe la noción de estructura como influencia de la idea organicista de la obra literaria del Formalismo ruso y del Círculo lingüístico de Praga.

Para Antonio García Berrio, la poética lingüística fue no sólo una reacción histórica contra la teoría literaria romántica de cuño especulativo que dirigía su mirada hacia elementos significativos de la obra poética a partir de un análisis de raigambre filosófica, sino que también se opuso a una retórica esclerotizada en el ámbito de la *elocutio*:

[...] la incipiente Poética de los formalistas rusos —dice García Berrio— proclamaba el anquilosamiento insatisfactorio del análisis retórico, casi reducido ya a identificación automática en el texto de tropos y figuras, a

partir de los inventarios aceptados convencionalmente en los manuales de Retórica de aquellos años (García Berrio, 1994: 39-40).

No obstante lo cual, Boris Eichenbaum en la revisión histórica de la escuela formalista que lleva a cabo en su trabajo «La teoría del “método formal”», con fecha de 1927, la única referencia que realiza sobre la retórica es para señalar la necesidad de que ésta renazca:

A partir de la oposición inicial y sumaria entre lenguaje poético y lenguaje práctico —afirma Eichenbaum— llegamos a la diferenciación del concepto de lenguaje práctico según sus diferentes funciones (Lev Iakubinski) y a la delimitación de los métodos del lenguaje poético y del lenguaje emocional (Roman Jakobson). En conexión con esta evolución, empezamos a interesarnos por el estudio del lenguaje oratorio como el lenguaje más próximo al dominio práctico, aunque funcionalmente diferente, y empezamos a hablar sobre la necesidad del renacimiento de la retórica junto a la poética (Volek, 1992: 111-112).

Claro está que mientras Eichenbaum asocia a la retórica un tipo de conocimiento versado sobre el lenguaje oratorio, García Berrio indica el uso que de la retórica se hacía para explicar los tropos y figuras propios del lenguaje literario. En un principio, el formalismo ruso adoleció de cierto *adanismo* en su tarea de desentrañar una teoría del lenguaje literario, ya que muchos de sus supuestos descubrimientos no eran más que un nuevo señalamiento hacia elementos que ya la antigua retórica había avizorado, como, por ejemplo, las nociones de desvío y desautomatización tratadas en el cuerpo retórico como licencias poéticas dentro de la operación retórica de *elocutio* (Albaladejo, 1989: 128-155; Mayoral, 1994; García Berrio, 1994: 41-ss.); así como soluciones concernientes a la macroestructura sintáctica y semántica y a su particular intensionalización textual cuya finalidad es evitar el *taedium* y el *fastidium* y provocar la máxima atención del receptor e interés por el mensaje (Albaladejo, 1989: 83, 129).

La corriente estructural de la poética lingüística no pudo más que descubrir en la antigua retórica un cuerpo doctrinal que ya había tratado el discurso desde una perspectiva textual, siendo las operaciones retóricas

más destacadas la *inventio*, la *dispositio* y la *elocutio*. Desde el punto de vista estructural, la organización del discurso propuesta por la antigua ciencia del lenguaje persuasivo plasmada en la división en cuatro partes —*exordium*, *narratio*, *argumentatio* y *peroratio* (Albaladejo, 1989: 77)— resultaba una anticipación a la moderna voluntad formalista de hallar un sistema básico subyacente a la expresión textual. Por otra parte, además de la atención que durante la vigencia de la poética estructural se destina al estudio de las figuras, particularmente en la investigación del Grupo μ y de G. Genette, en el marco de una orientación lingüística sobre el lenguaje literario, y por ello continuador del empobrecimiento del cuerpo doctrinal de la retórica reduciéndolo tan sólo a la *elocutio*, también se prestó atención a la particular pasión clasificatoria de la retórica (Barthes, 1970: 195). Sin embargo, Roland Barthes, en su personal acercamiento a la retórica, no tendrá tanto interés en destacar las estructuras discernidas por la antigua ciencia del discurso como en marcar la necesidad de una recuperación de la retórica, aunque sólo desde el punto de vista histórico, ya que en lo concerniente al texto Barthes ya tiene puesta su mirada en la reivindicación de la *escritura* dentro de su última etapa cercana al deconstruccionismo (Barthes, 1970: 223).

Pero a pesar de que la restauración retórica tuvo lugar desde la mitad del siglo XX con la aparición de obras fundamentales como *Literatura europea y Edad Media latina* de E. R. Curtius en 1948, y sobre todo *Traité de l'argumentation. La nouvelle rhétorique* de Ch. Perelman y L. Olbrechts-Tyteca en 1958, y del descubrimiento por parte del estructuralismo francés de un interés paralelo al desarrollado en cierto modo por la retórica, y no por ello recuperándola en toda su amplitud, no es sino a partir de los años setenta cuando el interés retórico se incrementa en el ámbito teórico-literario debido, sin duda, a la crisis existente en la poética estructural (García Berrio, 1984: 14; Albaladejo, 1989: 178). Por todo ello, cabe afirmar que la corriente teórico-literaria conocida como *neoretórica* apareció en el período postestructural como un nuevo paradigma capaz de conservar los resultados óptimos del estructuralismo al mismo tiempo que superaba el inmanentismo crítico merced a la pragmática implícita que posee la antigua retórica. En buena medida, la posibilidad que la retórica ofrecía entonces al análisis lingüístico-literario

surgía de su capacidad de albergar en su interior elementos explicativos para cuestiones sociológicas y psíquicas, además de lingüísticas. En este sentido, a las obras arriba citadas, es necesario sumar la de Paolo Valesio, *Novantiqua. Rhetorics as a Contemporary Theory*, aparecida en 1980 y en la que ya se daba buena cuenta de las potencialidades del resurgir de la retórica: “In short, and to put it very simply: today a theory of rhetoric can be built only on a critical contemporary view of human society, human psyche, and human language.” (Valesio, 1980: 18).

Cuando la poética lingüística, en sus primeras formulaciones del formalismo ruso y del Círculo lingüístico de Praga, pretende desembarazarse de la anterior crítica impresionista tiene en mente desentrañar la médula de la cuestión literaria, la literariedad, desde una actitud de pretendido científicismo. Considera la lengua como lo fundamental de la obra literaria, esto es, la actualización de una lengua que llama sobre sí misma la atención deslindándose, consecuentemente, de cualquier otro uso intelectual en lo relativo a lo que su función social se refiere. Era necesario, pues, una teoría del lenguaje literario que pudiera descubrir qué era lo especial de esa lengua utilizada por los escritores y poetas. La retórica había recorrido a su modo estos análisis literarios y había descubierto cómo la lengua poética desarrolla su propio sistema sobre la base misma del sistema lingüístico estándar, siempre con la justificación de que lo que luego sería llamado desvío estaba justificado en el productor literario gracias a la *licencia*. Esta sería la parte de la retórica que durante la mayor parte de la historia ha sido aprovechada por la poética, hasta el punto de ser casi engullida por ésta reduciendo así a la retórica a mera teoría elocutiva. Sin embargo, la retórica además de ofrecer a la teoría literaria moderna, como ya lo había hecho a la poética clásica y a la clasicista, un completísimo aparato analítico de la expresividad literaria (García Berrio, 1990: 11-12), también ofrece una visión global del discurso en orden a su finalidad. No es de extrañar que si repasamos algunos paradigmas de la última teoría literaria descubramos que en esencia buena parte de sus enunciados claves ya se encontraban en la antigua retórica. Así sucede con la pragmática literaria (Mayoral, 1986), pues no resulta ningún desacierto afirmar que la retórica tal y como fue

formulada por Aristóteles mantiene una clara visión pragmática tanto del texto como del hecho retórico.

2. RETÓRICA Y *POSTESTRUCTURALISMOS*

En realidad, más allá de los reduccionismos provocados por las revisiones históricas, los paradigmas teórico-literarios pocas veces dejan apresar sus características de un modo claro y unívoco, ya que suele suceder que dentro de un mismo momento histórico conviven líneas heterogéneas dentro de una misma poética. Así, por ejemplo, si bien es cierto que hablamos de una poética lingüística o estructural no lo es menos reconocer en su seno la convivencia de una crítica estilística de raigambre idealista junto a un estructuralismo glosemático de clara voluntad científicista. A pesar de ello operamos mediante conceptos capaces de abstraer los elementos comunes agrupando así movimientos teórico-críticos que en una más exhaustiva comparación sincrónica se mostrarían hasta cierto punto opuestos. Este mismo hecho sucede dentro del paradigma postestructural. Bajo este marchamo se dan cita diferentes modos de entender la teoría y la crítica literaria enfrentadas entre sí en no pocos puntos, si bien coinciden al menos en el hecho fundamental de desarrollar su investigación desde una perspectiva distinta de la adoptada por la anterior teoría estructuralista. Con bastante frecuencia se ha identificado como poética postestructural únicamente al movimiento deconstruccionista y ello básicamente por su denodada voluntad transgresora con respecto al precedente método lingüístico inmanentista identificado como logocéntrico (a la restricción de concebir el postestructuralismo como deconstrucción nos lleva la monografía de Culler (1982) desde el mismo título). Pero, en realidad, dicha reducción es sumamente empobrecedora del panorama teórico-crítico que viene sucediendo desde el último cuarto del siglo XX hasta la fecha. Hoy en día podemos afirmar que el postestructuralismo está formado no sólo por el deconstruccionismo, sino por diferentes corrientes teórico-críticas de distinta filiación que poseen, sin embargo, como elemento común una fuerte voluntad de diferenciarse con respecto a la anterior teoría estructural abriendo el objeto de estudio, el signo literario, hacia

cuestiones contextuales de naturaleza comunicativa, sociológica o ideológica (Reyes, 1989: 11; Asensi, 1990: 11-13). No obstante, esta actitud de oposición hacia la poética lingüística no se traduce en un movimiento parejo, sino que mientras que en algunos casos se da una superación desde el mismo interior de la poética estructural, en otros se da una oposición negadora que llega en sus vertientes extremas a una actitud de interesado borrado histórico. Así pues, bajo el paraguas postestructural podemos hallar perspectivas tan dispares como la pragmática literaria, la estética de la recepción, la teoría del texto literario, la deconstrucción, la teoría hermenéutica, el análisis literario psicoanalítico, la crítica feminista, o los más recientes y de mayor laxitud metodológica *cultural studies*.

La retórica ocupa dentro de la teoría literaria postestructural un lugar destacado, pero no unívoco. Por una parte podemos encontrar estudios retóricos de análisis literario (López Grigera, 1989; Mayoral, 2002), y por otra parte el empleo de las herramientas analítico-interpretativas de la retórica más o menos integradas en distintas corrientes postestructurales (Asensi, 1991: 77), si bien es sólo en la teoría del texto literario donde existe una verdadera integración entre el saber retórico y los modernos métodos analíticos de raigambre lingüística (Albaladejo, 1989: 177).

La teoría literaria postestructural trata de superar la sincronía inmanentista del estudio del sistema de la lengua literaria o de la competencia implícita expresada en las obras de literatura mediante la atención al tramo desatendido por la poética lingüística que va de la competencia a la actuación. La pragmática se ocuparía de estudiar dicho ámbito sin olvidar su base sistemática aun cuando los actos de habla operen en dirección contraria con intención de transgredirla. Tras descubrir que el estudio de la literariedad no podría conducir al desentrañamiento de lo literario —aunque su consideración sea quizás el elemento inicial desde el que comenzar la investigación teórica—, el estudio literario postestructural operó en el análisis literario una apertura en su objeto, de modo que si la poética lingüística se ocupaba de la literatura desde la inmanencia, la pragmática literaria y las teorías textuales abren el estudio del signo literario hacia los polos semántico y

pragmático, hasta entonces descuidados por la hipertrofia de las investigaciones sintáctico-estructurales. En este sentido, la retórica puede aportar su no oculta dimensión comunicativa y, por tanto, pragmática.

3. RETÓRICA Y TEORÍA DEL TEXTO LITERARIO

Si se realiza un atento repaso a todas las corrientes teórico-críticas postestructurales no será difícil afirmar —algo que hasta ahora no se ha realizado— que sólo la teoría del texto literario realiza una verdadera superación positiva de la poética lingüística por dos razones fundamentales: en primer lugar, la teoría del texto literario trata de buscar una respuesta a la crisis del anterior paradigma inmanentista desde el interior mismo de la analítica formal, y, en segundo lugar, dicha superación no se realiza con la negación y el interesado ocultamiento de los logros de la poética lingüística, sino que desde su interior se produce una verdadera apertura hacia los polos del signo literario y de aquellos ámbitos de la comunicación literaria ignorados anteriormente por una crítica en exceso intrínseca.

Por lo demás, resulta fácilmente comprobable el hecho de que desde la teoría del texto literario se ha realizado una coherente integración interdisciplinar de la retórica con el acerbo analítico de la poética lingüística (García Berrio: 1984: 14, 23-ss.; 1994: 210-ss.; Albaladejo, 1989). De hecho, una de las principales causas de la superación positiva del paradigma estructural por parte de la teoría del texto literario se debe a que la recuperación de la retórica confirma la postura global que posibilita el descubrimiento de la categoría del texto en analogía con el texto retórico inserto en el hecho retórico o comunicación retórica (Albaladejo, 1989: 175-184; 1998; Chico Rico, 1992, 1998).

La teoría del texto literario opera sobre la base de los avances de la lingüística textual como ampliación de los anteriores esquemas formales de extensión más limitada, dando paso así a la consideración analítica de la semántica extensional, del productor, del receptor y del contexto (Albaladejo. Chico Rico, 1994, 231ss.). La integración que se produce entre la antigua retórica y los modernos avances de la poética estructural en el seno de la teoría del texto literario son consecuentes a la superación

del inmanentismo por una crítica de índole semiótica no reductora a ninguno de los elementos que constituyen el signo literario, el semántico, el sintáctico y el pragmático (Albaladejo, 1990). En la teoría del texto literario conceptos fundamentales como los de macroestructura y microestructura son conjugados con las antiguas operaciones retóricas constituyentes de discurso: así, a la *inventio*, operación retórica centrada en la obtención del material semántico-extensional, le sigue la *dispositio*, operación que organiza sintácticamente el material semántico-intensional procedente de la aportación semántico-extensional ofrecida por la *inventio*, y la *elocutio*, plasmación microestructural de los anteriores componentes macroestructurales semánticos y sintácticos (Albaladejo, 1989). Por todo ello, la teoría del texto literario, en conjunción con el instrumental analítico-interpretativo de la retórica, supera la poética estructuralista, como se observa claramente en sus aportaciones a los estudios narratológicos (Chico Rico, 1987; Garrido Domínguez, 1993: 17-25).

El grado de amplitud analítica que alcanza la teoría del texto literario gracias a la integración en su cuerpo epistemológico de la retórica se observa en el hecho mismo de que logra explicar los aspectos pragmáticos localizados en el interior del texto literario y los proyecta hacia la comunicación literaria. Al sostener el texto como unidad comunicativa junto a las operaciones retóricas de *inventio*, *dispositio*, y *elocutio*, y las más inequívocamente dirigidas hacia la comunicación como son la *intellectio* (Chico Rico, 1989), la *memoria* y la *actio* (Gómez Alonso, 1997), la teoría del texto literario se ve impulsada hacia una necesaria extensión pragmática, pues es un hecho indudable que el escritor en el proceso de producción de la obra de arte verbal tiene como constante la figura de su lector (Albaladejo, 1989: 181-183). Si bien es cierto que la operación retórica de *memoria* se convierte en innecesaria cuando nos atenemos a un texto cuya finalidad es la de su actualización mediante la lectura gracias a su perdurabilidad a través del eje visivo-estable en la escritura, mientras que la operación retórica de *actio* queda reducida al trabajo de redacción por parte del escritor (Chico Rico, 1987: 112-113). Resulta imprescindible indicar que la pragmática atisbada por la recuperación de la retórica no está inmersa en el escepticismo

relativista desde el que operan muchas corrientes pragmatistas postestructurales que exasperan los elementos contextuales en detrimento de los factores que componen el mensaje de arte verbal (García Berrio, 1994: 247-316). La pragmática que cabe defender desde la integración de la retórica con la moderna teoría del texto literario es aquella que da cabida en su estudio de la literatura a aquellos elementos que completan la comunicación literaria. Pero el hecho de admitir la necesidad de tener en cuenta el contexto no significa otorgar la decisión de qué sea lo literario a la mera convención social, sino que siempre deberá tenerse en cuenta los rasgos intrínsecos del texto literario, ya que la convención social de existir siempre vendrá de una motivación textual y no de una arbitrariedad histórica (García Berrio, 1994: 260)

Desde el marco propuesto de una crítica superadora de los reduccionismos (García Berrio, 1984a), la integración de la teoría del texto literario con la retórica clásica descubre un completo método analítico-interpretativo del hecho literario en el ámbito de una poética general (García Berrio, 1990). Sin embargo, su virtud mayor quizás sea la posibilidad de un continuo ensanchamiento, ya que no sólo la poética moderna ve incrementado su ámbito con el saber retórico, sino que éste mismo descubre una nueva orientación de sus antiguas intuiciones. En este sentido, quizás sea un elemento claramente revelador el hecho de que, una vez agotado el estudio de las figuras desde el ámbito lingüístico con una completa explicación y valoración de las mismas dentro del texto (Albaladejo, 1986: 128-155; Mayoral, 1994), ahora se procede a una consideración de las mismas desde la virtualidad de un alcance universal de la expresividad retórica, esto es, el estudio de los *eskemata lexeos* desde la intuición de un universalismo retórico. Tal es la propuesta de Antonio García Berrio de examinar la figura retórica como universal antropológico de la expresión, investigación que ha sido parcialmente desarrollada y aplicada por Stefano Arduini (García Berrio, 1994: 24, 66-67; Arduini, 1993; 2000; Meyer, 1986).

4. RETÓRICA Y ESTÉTICA DE LA RECEPCIÓN

Una vez asumida la orientación pragmática de la retórica es posible encontrar algún paralelo entre ésta y ciertas nociones de la teoría postestructuralista más contextual como es la estética de la recepción (Mayoral, 1987). El elemento que quizás sea más constante en las diferentes actitudes pragmáticas sea la conexión entre texto y contexto, relacionando así elementos básicos de la comunicación literaria. La relación entre autor y lector vendría dada por el hecho de que bajo el prisma eminentemente comunicativo de la pragmática literaria aquél tendría en cuenta a los destinatarios de su construcción verbal bajo el presupuesto tanto de agradarles estéticamente como de persuadirles éticamente mediante los valores morales reflejados en su discurso; no en vano, en este sentido, ha sido constante dentro de la poética postestructural la aparición de conceptos como el de *lector implícito* de Wolfgang Iser (1972) o el de *archilector* de Michael Riffaterre (1971). Pero en este punto es evidente que ya el cuerpo doctrinal de la retórica tenía muy en cuenta que el texto retórico se hallaba incardinado dentro de un proceso comunicativo en el que si el autor pretendía obtener afirmación o alabanza debía estructurar un texto que adaptara adecuadamente en su intensión no sólo los elementos semántico-extensionales propios de la referencia hallados en la operación de la *inventio*, sino también aquellos elementos más pertinentes a la pragmática que en este caso aparecerían verificados o no en la *actio* o *pronuntiatio*. En nuestros días y en el ámbito de la literatura, la verificación de que se ha producido un correcto proceso comunicativo, esto es, que ha existido una comprensión por parte del lector del texto literario y que por ello el escritor ha dado con su lector imaginado durante la escritura, queda reducido a la lectura del mensaje de arte verbal. De modo que cabe afirmar que ya los antiguos *rhetores* tenían en mente durante la elaboración de su discurso a sus *receptores implícitos*.

Quizá pueda sorprender a alguien el descubrimiento de que, por ejemplo, ya en *El orador* de Cicerón, del año 46 a.C., las cuestiones contextuales o pragmáticas sean fundamentales a la hora de dilucidar cuál es el mejor estilo retórico. Cicerón no lleva a cabo una investigación

intrínseca y apartada de la comunicación para conocer cuál es el estilo de óptimos resultados perlocutivos, sino que asume la necesaria apertura del signo lingüístico a los elementos contextuales para lograr la persuasión, porque la pragmática retórica está unida ineluctablemente a la teoría del decoro. Para Cicerón el buen orador será aquel que sepa discernir qué es lo conveniente en cada caso sabiendo para ello modular en uso los tres estilos —elevado, medio y bajo—, y lo conveniente no deja de ser una categoría retórica de base pragmática en tanto que relaciona el texto con los actantes comunicativos:

Y es que las personas con diferentes circunstancias, con diferente rango, con diferente prestigio personal, con diferente edad, y los diferentes lugares, momentos y oyentes no deben ser tratados con el mismo tipo de palabras o ideas; hay que tener en cuenta en todas las partes del discurso, de la misma forma que en las de la vida, qué es lo conveniente; y lo conveniente depende del tema que se trate y de las personas, tanto las que hablan como las que escuchan (Cicerón, 2001: 58-59).

5. RETÓRICA Y DECONSTRUCCIÓN

Por último nos ocupamos de la deconstrucción crítica. La corriente postestructuralista conocida bajo el marbete de “deconstrucción” no es, en puridad, una particular ideación teórico-literaria, sino la aplicación o un intento de transcripción al ámbito de la crítica literaria de la especulación del filósofo Jacques Derrida (Derrida, 1967; 1967a; 1972; Pozuelo Yvancos, 1988b: 128-ss; Asensi, 1990; García Berrio, 1994: 316-351). No es posible entender la escritura deconstruccionista sin haber antes descubierto su precedente en la crítica metafísica incoada por el desenmascaramiento nietzscheano (Nietzsche, 1887), si bien tal filiación aparece en la más importante crítica deconstruccionista como es la de Paul de Man tamizada por una atenta lectura de la obra de Martin Heidegger. Paradójicamente la deconstrucción se sitúa en el lugar de la escritura subrayando las cualidades inagotables del significante como en cierto modo hiciera la poética lingüística, pero, sin embargo, difiere de ella de forma ostensible en la lectura que de ese significante realiza al

negar la posibilidad de cualquier interpretación unívoca en virtud de un inexistente centro, correlato crítico-literario de una negación al pensamiento logocéntrico.

Desde un avistamiento somero de la deconstrucción crítica o de la particular lectura de los textos que propone la deconstrucción, podría sorprender el hecho de que nos detengamos en el uso que se hace del instrumental analítico propio de la retórica, pero si se percibe el constante subrayado que se ha hecho desde sus filas al concepto de *escritura*, consecuentemente cabe comprender el porqué de la constante citación del carácter retórico del lenguaje en general y del literario en particular. La deconstrucción habla de retórica del texto porque pretende negar el consenso comunicativo en favor de una noción de literatura que destaca sobremanera su significante. No obstante, el hecho de destacar la literatura como escritura retórica podría parecer antitético si también se tiene en cuenta la negación deconstruccionista de la posibilidad de un análisis categorial o estructural por autoritario, ya que si se reconocen estructuras productivas retóricas también deberían reconocerse las analíticas.

Para nuestro objetivo nos interesa detenernos en la figura de Paul de Man (Asensi, 1990: 53-54; García Berrio, 1994: 351-367), quien ha sido destacado como el crítico de mayor influencia en la Escuela deconstruccionista de Yale, que se completa con las figuras de Harold Bloom, Geoffrey Hartman y J. Hillis Miller. Su escritura crítica, entre la que cabe destacar sobre todo las obras *Visión y Ceguera* (1971) y *Alegorías de la lectura* (1979), es traída a estas líneas por el importante lugar que ocupa entre sus lecturas deconstructivas el empleo del concepto de elocución retórica, y más concretamente de los elementos retóricos de figura y tropo, alegoría e ironía (Lentricchia, 1980: 271-ss.). La constante indicación del carácter retórico del lenguaje literario y aun filosófico, sobre todo en la escritura nietzscheana, tiene en Paul de Man el objetivo de deconstruir la lógica exacta y la categorización metafísica de la tradición occidental. La posibilidad que ofrece la expresividad retórica de las figuras estriba en una escritura cuyos márgenes quedan abiertos bajo una pretensión no unívoca. La significación logocéntrica encuentra en la unidad y en la negación de la diferencia su violencia metafísica. La

retórica, en el sentido en que es utilizada por la crítica deconstruccionista de Paul de Man, genera ambigüedad y fomenta la necesidad de la interpretación allí donde el estructuralismo establecía mera descodificación. El logocentrismo fundamenta su actividad en la creencia en una estructura dada por verdadera cuando no se trata, según mostró la crítica metafísica de Nietzsche, más que de una construcción que responde a una voluntad de poder, es decir, se imponen como verdaderas estructuras categoriales cognoscitivas y verdades incondicionadas que más bien responden a construcciones metafísicas *demasiado humanas*. La deconstrucción de Paul de Man, en este sentido, puede entenderse como una transcripción desde el ámbito crítico-literario del desenmascaramiento metafísico y científico realizado por Nietzsche y apuntalado por Heidegger con su anunciado “acabamiento” de la metafísica. El interés que muestra la crítica deconstruccionista de Paul de Man hacia la retórica es pareja a la mostrada por Nietzsche, tanto aquél como éste estudian de la retórica sus posibles implicaciones filosóficas (De Man, 1979: 127). Nietzsche, al negar la existencia de una verdad (*episteme*), rechaza una teoría del lenguaje referencial en favor de una más humana e imperfecta comunicación de la opinión (*doxa*), y la retórica de los tropos que anega el lenguaje de polisentido sería su común medio de expresión (De Man, 1979: 179. La importancia que para la deconstrucción tiene el aserto nietzscheano de que el lenguaje está constituido por figuras y tropos es abordado por Manuel Asensi en el análisis concreto de la crítica deconstructiva de Hillis Miller, (Asensi, 1991)).

Los ensayos que conforman la obra de Paul de Man *Alegorías de la lectura* responden al descubrimiento de los problemas que se encuentran en la interpretación. La dificultad de una lectura unívoca procede, según Paul de Man, del carácter retórico que posee el lenguaje. Desde la consideración deconstructiva, sin embargo, no es posible aceptar la evaluación de las estructuras retóricas de forma lineal entre éstas y las estructuras gramaticales que lleva a cabo la poética estructural:

[...] a medida que en las teorías contemporáneas de la gramática generativa, transformativa y distributiva se va refinando el estudio de las estructuras gramaticales —afirma Paul de Man—, el estudio de los tropos

y de las figuras (que es como utilizo aquí el término *retórico*, y no en el sentido derivado de comentario, de elocuencia o de persuasión) se convierte en una mera extensión de los modelos gramaticales, un subconjunto particular de las relaciones sintácticas (De Man, 1979: 19).

Allí donde el estructuralismo ha tratado de domesticar la retoricidad del lenguaje mediante un análisis lineal con respecto a la gramática a partir de conceptos como el de desvío o el de licencia, Paul de Man, sin embargo, no deja de descubrir “tensiones lógicas” (De Man 1979:20). Pero ocurre, en realidad, que diferentes planteamientos encuentran diferentes lecturas sobre la actividad de la expresividad retórica en el lenguaje, de igual modo que la analítica retórica es invocada con distinta finalidad. El desplazamiento deconstruccionista de la unidad significativa logocéntrica halla en la retórica un medio de crítica que sólo resulta productivo si se radicalizan las diferencias y se extreman las lecturas, actividad que realiza Paul de Man tanto en *Visión y Ceguera* como en *Alegorías de la lectura*. Sólo desde esta perspectiva que analiza lo literario desde una crítica metafísica y como ejemplo de una existencia supuestamente diferenciada de la lógica cabe entender asertos como el de que “La retórica suspende de manera radical la lógica y se abre a posibilidades vertiginosas de aberración referencial” (De Man, 1979: 23). Consecuente con la especulación deconstruccionista, Paul de Man encuentra en la literatura o en la retórica de los tropos un ejemplo de secular crítica hacia la metafísica (De Man, 1979: 29; 126-ss.).

Un efecto provocado por la sobrevaloración de la retórica en la escritura es la imposibilidad de obtener un significado no ambiguo. Cuando en el texto la escritura aparece destacada mediante el juego del significante y una actividad retórica desvinculada de la directa referencialidad, la lectura y la interpretación sin solución de continuidad se yerguen como únicas salidas, según la crítica de Paul de Man, estando éstas, a su vez, no exentas de la dificultad de discernir entre lenguaje figurado y lenguaje no figurado. La retórica del lenguaje y su problemática recepción sirven a Paul de Man como medio para ejemplificar la *diseminación* del significado anunciada por Jacques Derrida.

A pesar de la recuperación retórica establecida por Paul de Man su crítica se centra sobre todo en el análisis de la ironía, de la alegoría y de los tropos. Evidentemente, su interesada atención a estas figuras radica en el decir indirecto actualizado y en su espesor semántico que aplaza de forma constante una interpretación unívoca. Estimo, sin embargo, que la inserción de los metaplasmos o figuras retóricas del ámbito de la palabra (Albaladejo, 1989: 140-141; Mayoral, 1994: 42-ss.) en tanto que alteración gramatical, hubiera supuesto en el marco deconstructivo la oportunidad de un mayor subrayado de la escritura como el juego del significante con el significado que atenta a la norma a la vez que actúa estimulando una amplia polisemia.

Analizada con detenimiento la crítica deconstructivista, al menos la más importante de Paul de Man, no resta más que atisbar entre sus líneas el reconocimiento implícito de la poeticidad literaria, afirmada desde el polo receptivo y difuminada en los márgenes del polisentido, de modo que se conserva, en realidad, el significado aun después de haber sido entregado al ámbito de la intuición y del secreto (Asensi, 1996: 275). La presencia de la analítica retórica con su cuerpo de tropos y figuras en la crítica de Paul de Man actualiza la universalidad de un modo expresivo ahora visto desde las aporías de la metafísica. Pero aunque sea cuestionada la categorización ontológica con la crítica de una escritura que se subleva a la identidad logocéntrica mediante la oblicuidad figurativa y el nombrar desde el lítote, es decir, la aceptación de la dialéctica negativa como vía de acceso a la realidad, no por ello, sin embargo, se niega el estatuto poético de la literatura desde el polo productivo, y en ese marco la lectura sería todo lo polisémica que se quiera, mas siempre giraría en derredor del núcleo originario o intuición absoluta incoada por el productor.

CONCLUSIÓN

En definitiva, la retórica ocupa un lugar importante en la heterogénea crítica literaria postestructural. Su recuperada presencia ha de ser entendida como la subsanación de un olvido injustificable, si bien su restitución en la primera línea de la crítica literaria no ha sido pareja en

todas las corrientes postestructurales. Aunque aquí hemos hablado de la retórica en relación sobre todo con la teoría del texto literario, la estética de la recepción, la pragmática literaria y la deconstrucción, también sería posible hallar conexiones entre la ciencia clásica del discurso persuasivo y los actuales estudios de la teoría de la traducción literaria (Chico Rico, 2001; 2002), así como las perspectivas más contextuales que abordan cuestiones ideológicas como la crítica feminista y los estudios culturales, corrientes éstas que realizan con frecuencia una crítica que trata de desvelar la ideología implícita en los discursos canónicos relacionados con la literatura, descubriendo en ellos, según su perspectiva, una retórica dogmática (Pujante, 1998).

La detenida observación del diferente empleo que de la retórica llevan a cabo las diversas corrientes postestructurales obliga a una breve reflexión. Disuelta la predominancia de un único paradigma teórico tras la caída del estructuralismo, la diversidad teórico-crítica que le ha sucedido muestra elementos positivos para el desarrollo de la teoría literaria, pero también alguna que otra aporía. Al igual que la filosofía de la ciencia reflexiona sobre la metodología de la investigación científica y la naturaleza de las teorías, sería necesario que en el ámbito de la Teoría de la Literatura se llevara a cabo una epistemología capaz de resolver ciertos problemas. En el punto sobre el que me he ocupado en estas páginas, es evidente que hay una perspectiva múltiple que a la vez que enriquece el avance teórico también dificulta la comprensión de conceptos claves. La elaboración de una epistemología de la Teoría de la Literatura debería tener en cuenta elementos tan importantes hoy como la naturaleza reductible o no de las teorías desde un punto de vista diacrónico, así como la convergencia o divergencia conceptual de los mismos términos desde teorías diversas. Como he tratado de mostrar, el instrumental teórico de la retórica permite su empleo desde distintas teorías, al mismo tiempo que su comparación implicaría necesariamente el rechazo de alguna de ellas en beneficio de otra. Por otra parte, la conmensurabilidad de perspectivas teóricas dispares permitiría la construcción de una filosofía de la literatura integradora. Ahora bien, no es posible dictaminar una integración lógica sobre la base de una mera yuxtaposición, y para ello sería necesario una

discriminación teórica a partir de sus alcances explicativos (García Berrio, 1989: 57-67; Garrido Gallardo, 2004: 38-39).

Por lo demás, resta esperar que en el futuro no se repita la histórica reducción de la antigua retórica a alguna de sus operaciones; ésta, de volverse a producir, sería un claro síntoma de un análisis literario sesgado y no global, porque si algo ha de enseñar la retórica a la Teoría de la Literatura es la necesidad de observar el texto en el interior del proceso comunicativo.

BIBLIOGRAFÍA

- Albaladejo, Tomás (1986), “Sobre lingüística y texto literario”, *Actas del III Congreso Nacional de Lingüística Aplicada*, Valencia, Universidad de Valencia, pp. 33-46.
- (1989), *Retórica*, Madrid, Síntesis.
- (1990), “Estructuras retóricas y estructuras semióticas (Retórica y hecho literario)”, en *Investigaciones Semióticas III*, Madrid, Uned, I, pp. 89-96.
- (1998), “Textualidad y comunicación: persistencia y renovación del sistema retórico (la rhetorica recepta como base de la retórica moderna)”, en A. Ruiz Castellanos, A. Viñez Sánchez y Saez Durán (coords.) (1998), *Retórica y Texto*, Cádiz, Universidad, pp. 3-14.
- Albaladejo, Tomás, y Francisco Chico Rico (1994), “La Teoría de la crítica Lingüística y Formal”, en Pedro Aullón de Haro (ed.) (1994), *Teoría de la crítica literaria*, Madrid, Trotta.
- Arduini, Stefano (1993), “La figura retórica como universal antropológico de la expresión”, en *Castilla. Estudios de Literatura*, 18, 1993, pp. 7-18.
- Arduini, Stefano (2000), *Prolegómenos a una teoría general de las figuras*, Murcia, Universidad.
- Aristóteles (1994), *Retórica*, Madrid, Gredos.
- Asensi, Manuel (1990), “Crítica límite / El límite de la crítica”, en Manuel Asensi (1990) (estudio introductorio, selección y

- bibliografía), *Teoría literaria y deconstrucción*, Madrid, Arco Libros, pp. 9-78.
- (1991), “Retórica y Deconstrucción: textos y parásitos en J. Hillis Millar”, en José Antonio Hernández Guerrero (ed.), *Retórica y poética*, Cádiz, Seminario de Teoría de la Literatura, pp. 75-86.
- (1996), *Literatura y Filosofía*, Madrid, Síntesis.
- Barthes, Roland (1970), “L’ancienne rhétorique. Aide-mémoire”, *Communications*, 16, pp. 172-229.
- Cicerón, Marco Tulio (1997), *La invención retórica*, Madrid, Gredos.
- (2001), *El orador*, Madrid, Alianza.
- Culler, Jonathan (1975), *La poética estructuralista. El estructuralismo, la lingüística y el estudio de la literatura*, Barcelona, Anagrama.
- (1982), *Sobre la deconstrucción. Teoría y crítica después del estructuralismo*, Madrid, Cátedra.
- Chico Rico, Francisco (1987), *Pragmática y construcción literaria. Discurso retórico y discurso narrativo*, Alicante, Universidad.
- , “La Intellectio: Notas sobre una sexta operación retórica”, *Castilla. Estudios de Literatura*, 14, pp. 47-55.
- (1992), “Lingüística del texto y teoría literaria”, *Rilce* 8, 1992, pp. 226-264.
- (1998), “Retórica, Lingüística, Texto”, en Tomás Albaladejo, Emilio del Río y José Antonio Caballero (eds.) (1998), *Quintiliano: historia y actualidad de la Retórica*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, pp. 337-342.
- (2001), “Retórica y traducción. Νόησις y ποιήσις en la traducción del texto literario”, en Pierre-Yves Raccah y Belén Saiz Noeda (eds.), *Lenguas, Literatura y Traducción. Aproximaciones teóricas*, Madrid, Arrecife, 2001, pp. 275-285.
- (2002), “La teoría de la traducción en la teoría retórica”, *Logo. Revista de Retórica y Teoría de la Comunicación*, Año II, nº 3, mayo de 2002, pp. 25-40.
- Derrida, Jacques (1967), *L’écriture et la différence*, Paris, Seuil.
- (1967a), *De la Grammatologie*, Paris, Gallimard.
- (1972), *La dissémination*, Paris, Seuil.

- Eichenbaum, Boris (1927), “La teoría del «método formal»”, en Emil Volek (ed.) (1992), *Antología del Formalismo Ruso y el Grupo de Bajtin. Polémica, historia y teoría literaria*, Madrid, Fundamentos, pp. 69-113.
- García Berrio, Antonio (1977), “Crítica formal y función crítica”, *Lexis*, vol.I, núm. 2, pp. 187-209.
- (1984), “Retórica como ciencia de la expresividad (Presupuestos para una Retórica general)”, *Estudios de Lingüística. Universidad de Alicante*, 2, 1984, pp. 7-59.
- (1984a), “Más allá de la globalidad crítica”, en P. Aullón de Haro (ed.) (1984), *Introducción a la crítica literaria actual*, Madrid, Playor, pp. 347-387.
- (1990), “Retórica general literaria o Poética general”, *Investigaciones Semióticas III*, Madrid, Uned, I, pp. 11-21.
- (1989), *Teoría de la literatura. (La construcción del significado poético)*, Madrid, Cátedra, 1994 (2ª ed. revisada y aumentada).
- Garrido Domínguez, Antonio (1993), *El texto narrativo*, Madrid, Síntesis, 1996 (1ª reimpresión).
- Garrido Gallardo, Miguel Ángel (2000), *Nueva introducción a la teoría de la literatura*, Madrid, Síntesis, 2004 (3ª ed. corregida y aumentada).
- Gómez Alonso, Juan Carlos (1997), “Influencia de memoria y actio en la construcción del discurso retórico”, *The Canadian Journal of Rhetorical Studies / La Revue Canadienne d'Études Rhétoriques*, 8, pp. 129-139.
- Hernández Guerrero, José Antonio y María del Carmen García Tejera (1994), *Historia breve de la retórica*, Madrid, Síntesis.
- Iser, W. (1972), *Der implizite Leser*, Munich, Fink.
- Kibédi Varga, Arón (1999), “Retórica: ¿historia o sistema?”, en J. J. Murphy (ed.) (1999), *La elocuencia en el Renacimiento*, Madrid, Visor, pp. 109-117.
- Lentricchia, Franch (1980), *Después de la “nueva crítica”*, Madrid, Visor, 1990.
- López Eire, Antonio (1997), *Retórica clásica y Teoría literaria moderna*, Madrid, Arco libros.

- López García, Ángel (1985), “Retórica y Lingüística: una fundamentación lingüística del sistema retórico tradicional”, en José María. Díez Borque (coord.), *Métodos de estudio de la Obra literaria*, Madrid, Taurus, 1985, pp. 601-653.
- López Grigera, Luisa (1989), “La retórica como código de producción y de análisis literario”, en Graciela Reyes (ed.), *Teorías literarias en la actualidad*, Madrid, Ediciones El Arquero, 1989, pp. 135-161.
- Mayoral, José Antonio (1986) (ed.), *Estética de la recepción*, Madrid, Arco libros.
- (1987) (ed.), *Pragmática de la comunicación literaria*, Madrid, Arco libros.
- (1994), *Figuras retóricas*, Madrid, Síntesis.
- (1995), “La Retórica en los años 90. Algunas ideas y referencias para un estado de la cuestión de los estudios retórico-literarios”, *Glosa*, Nº 6, 1995, pp. 91-123.
- (2002), *Estructuras retóricas en el discurso poético de los siglos XVI y XVII*, Valencia, Tirant lo Blanch.
- Man, Paul de (1971), *Visión y Ceguera: Ensayos sobre la retórica de la crítica contemporánea*, Puerto Rico, Universidad, 1991.
- (1979), *Alegorías de la lectura. Lenguaje figurado en Rousseau, Nietzsche, Rilke y Proust*, Barcelona, Editorial Lumen, 1990.
- Meyer, Michel (1986), “Pour une anthropologie rhétorique”, en Michel Meyer (ed.) (1986), *De la Métaphisique à la Rhétorique. Essais à la mémoire de Chaim Perelman*, Bruselas, EUB, pp. 119-142.
- Mortara Garavelli, Bice (1988), *Manual de Retórica*, Madrid, Cátedra, 1991.
- Nietzsche, Friedrich (1887), *La genealogía de la moral*, Madrid, Alianza, 1998.
- Pozuelo Yvancos, José María (1988a), *Del Formalismo a la Neoretórica*, Madrid, Taurus.
- (1988b), *Teoría del lenguaje literario*, Madrid, Cátedra.
- Pujante, David (1998), “Sobre el futuro de la Retórica en la teoría de la literatura, el pensamiento socio-cultural y el discurso público”, en Tomás Albaladejo, Emilio del Río y José A. Caballero (eds.), en

- Quintiliano: historia y actualidad de la Retórica*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, pp. 405-432.
- , *Manual de retórica*, Madrid, Castalia.
- Riffaterre, Michael (1971), *Ensayos de estilística estructural*, Barcelona, Seix Barral, 1976.
- Reyes, Graciela (1989), “El nuevo análisis literario: expansión, crisis, actitudes ante el lenguaje”, en Graciela Reyes (ed.) (1989), *Teorías literarias en la actualidad*, Madrid, Ediciones El Arquero, pp. 9-38.
- Todorov, Tzvetan (1968), *Qu'est-ce que le structuralisme? Poétique*, Paris, Seuil.
- Valesio, Paolo (1980), *Novantiqua. Rhetorics as a Contemporary Theory*, Bloomington, Indiana University Press.